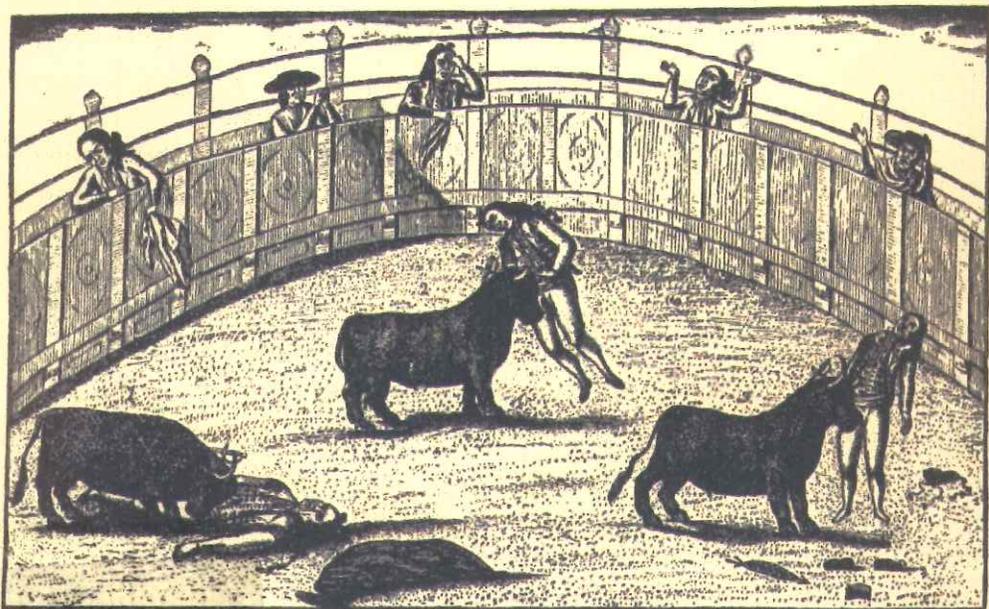


ACTAS DEL SEMINARIO-COLOQUIO SOBRE
LA CRÓNICA TAURINA

PRIMERAS JORNADAS DE COMUNICACIÓN EN LA
REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA,
CELEBRADAS DEL 4 AL 6 DE MARZO DE 1998

MANUEL BERNAL RODRÍGUEZ
CARMEN ESPEJO CALA
MARÍA DEL MAR GARCÍA GORDILLO
(EDITORES)



GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE LA CRÓNICA TAURINA

por

MANUEL BERNAL RODRÍGUEZ

La enorme influencia ejercida por el fenómeno taurino en la cultura española resulta hoy tan evidente, que es completamente innecesario subrayarla: lo taurino ha llegado a constituir un universo cultural, con entidad propia y características peculiares, con ramificaciones en casi todos los ámbitos de nuestra cultura; entre éstas, cabría destacar, por sobresaliente, sus huellas en las artes plásticas y en la literatura.

También son excepcionalmente estrechos sus vínculos con el periodismo. En España, la información taurina es, por lo menos, tan antigua como las más remotas manifestaciones paleoperiodísticas y permanece indisolublemente unida al periodismo, a lo largo de todas las etapas de su gestación y desarrollo. Incluso podría establecerse un cierto paralelismo entre la evolución de la actividad informativa, hasta consolidarse como el periodismo moderno, y la transformación experimentada por los juegos y fiestas del toro hasta desembocar en la corrida de toros. Tanto que, como tendremos ocasión de comprobar, la cristalización de la información taurina, como subgénero periodístico, en la crónica, es un fenómeno cronológicamente coincidente con el éxito del moderno espectáculo reglamentado que es la corrida y con la consolidación del periodismo moderno.

«Todo lo elemental e imprecisa que se quiera, la información taurina fue en España, no tan antigua como las fiestas de toros, pero sí como las más remotas hojas noticieras impresas» asegura Pedro Gómez Aparicio; y, en apoyo de este aserto, aduce el autorizado testimonio de Jenaro Alenda y Mira, quien sitúa en la temprana fecha de 1497 la primera referencia a una fiesta de toros en una “Relación”.

Efectivamente, al menos desde esa fecha y a todo lo largo de los siglos XVI y XVII, son numerosísimas las relaciones en que se da cuenta de solemnidades en las que los juegos de toros constituían una parte importante de la celebración. Esta abundancia no es más que un reflejo del fuerte arraigo que las fiestas de toros habían alcanzado en gran parte de España. Luis Carmena y Millán, que no pudo consultar la obra de Alenda, en su *Bibliografía de la Tauromaquia*, relaciona hasta 342 piezas bibliográficas, entre libros, folletos, periódicos, colecciones de láminas y pliegos sueltos, un formidable repertorio que subraya la repercusión que los toros habían alcanzado en los impresos.

De la relación noticiera a la crónica taurina

Las fiestas del toro han constituido siempre un motivo para la creación literaria y, en torno al mundo del toro, ha ido apareciendo, en todas las épocas, una multiforme producción escrita (y oral: canciones, romances, etc.) cuya finalidad era recrear poéticamente los que se consideraban aspectos estéticos de la fiesta, así como ensalzar la singularidad y belleza del espectáculo y las virtudes de los participantes. También alcanza de lleno a esas producciones literarias la preocupación por servir de vehículo propagandístico, que cultiva y difunde la buena fama de los toreros, tanto la de los antiguos grandes señores del toreo a caballo, como la de los ídolos populares que protagonizan, más recientemente, el toreo a pie.

Estas observaciones pueden servirnos de advertencia para

obligarnos a discernir entre los escritos nacidos para satisfacer necesidades informativas, de los que carecen de esta función, ya que, aquí, sólo nos interesan los primeros. Porque la confusión es frecuente y, especialmente al tratar de los siglos XVI y XVII, se muestran como ejemplos de información taurina, poemas absolutamente carentes de ese carácter informativo. No creo que pueda aceptarse que Francisco de Quevedo, en su romance "Las cañas que jugó Su Majestad cuando vino el Príncipe de Gales" se convierta en «un revistero excepcional» que describe la participación del soberano, como dice Gómez Aparicio. En realidad, creo que el gran poeta Quevedo, en casos como éste, se entrega a una actividad bien alejada de aquélla a la que debe su gloria y, como un corifeo más, se limita a alabar a un rey que no daba mucha ocasión para que se le ensalzara con motivo. Cuestión aparte es que, incluso en estos casos, los genios, como Quevedo, dejen huella de su estilo personal.

Estos poemas no han sido creados para informar, sino para loar a un personaje, y sólo de manera indirecta y excepcional, a falta de cualquier otra noticia, pueden servir para atestiguar que el festejo taurino se celebró. Nada más.

En cambio, las relaciones noticieras impresas han nacido para informar. Por lo general, la información taurina aparece incrustada en las relaciones de solemnidades y fiestas, de las que los juegos del toro constituyen una parte más o menos significativa. Sin embargo, a medida que avanza el siglo XVII, la situación va evolucionando en el sentido de potenciar la dimensión informativa de estas relaciones. Luis Carmena y Millán, inicia su documentado estudio *El periodismo taurino*, subrayando la trascendencia periodística de estas relaciones: «Así como la prensa periódica española en general tuvo su origen en las relaciones de sucesos públicos y particulares [...] los orígenes de la prensa taurina se encuentran en las numerosas relaciones de fiestas de toros celebradas con profusión en

todos los ámbitos de España».

José María de Cossío dedica en su obra un amplísimo capítulo a “Los Toros y el Periodismo”, en el que, con ayuda de Carmena y Millán, analiza las relaciones de fiestas de toros. Admite que son poco numerosas las que se conservan del siglo XVI, pero que su número comienza a crecer en la centuria siguiente. Se recrea en la anécdota de que Miguel de Cervantes fuera el autor de una de estas relaciones, publicada en Valladolid, en 1605, atribución fuertemente cuestionada, lo que impide incluir seriamente al inmortal creador de la novela moderna en la nómina de cronistas taurinos, y analiza con detalle algunas de las relaciones de fiestas de toros que considera significativas.

Se suele admitir que la primera reseña minuciosa de una fiesta de toros es la que Andrés Almansa de Mendoza incluye en su relación de la visita a Madrid del Príncipe de Gales, en 1623. La llegada a Madrid de este príncipe fue pretexto para que se organizaran las más fastuosas diversiones que tuvieron lugar en el, ya bastante festivo, reinado de Felipe IV. Tan fastuosas fueron que J. Deleito y Piñuela llega a decir que «quebrantaron gravemente las arcas del país». La fecha de esta reseña taurina resulta algo temprana, por lo que tal vez debamos atribuir su carácter minucioso y bien documentado al buen hacer periodístico de su autor, el sevillano Andrés Almansa y Mendoza, a quien todos los historiadores de la prensa coinciden en considerar como el “primer periodista que desempeña una actividad típicamente reporteril” en España.

La fiesta de toros no había evolucionado aún lo suficiente para propiciar la aparición de auténticas reseñas periodísticas, hecho que no se producirá hasta que se consolide el toreo a pie y se configure el espectáculo taurino como corrida de toros.

A todo lo largo del siglo XVIII, las relaciones de fiestas de toros continúan una vida languideciente, pues, si todavía son numerosas, la mediocridad es su tono dominante. La fiesta

evoluciona rápidamente, durante la segunda mitad del siglo, y las clases menos letradas viven con apasionamiento sus incidencias. Este nuevo público necesita estar informado, recibir noticias sobre la fiesta; y esa necesidad no pueden satisfacerla las ya declinantes relaciones. Se impone, pues, la aparición de un nuevo tipo de escritos taurinos, netamente informativos, pero esos escritos van a encontrar inicialmente una resistencia en la, ya moderna, prensa del XVIII que, por su inspiración ilustrada y por su propia jerarquía cultural, no contempla la posibilidad de abrir sus páginas al espectáculo taurino.

Hasta 1784 no se encuentra una prueba de atención de un periódico a las corridas de toros. El *Memorial Literario*, publicó, en mayo de ese año, un artículo sobre las corridas de toros, en el que se incluía el resumen de gastos e ingresos de las dieciséis corridas celebradas ese año en la plaza de Madrid y se informaba del precio de los asientos en dicha plaza. La novedad de incluir noticias sobre toros debió ser bien acogida pues, según informa Cossío, «hasta 1971, en que termina la primera época de la publicación, continúa insertando noticias taurinas. [...] Otras publicaciones de aquel tiempo insertan artículos o notas con ese carácter. Tales *El Correo de los Ciegos* (1786-91) y el *Semanario Erudito* (1787-91)».

La primera reseña de una corrida de toros, en sentido estricto, no aparece hasta 1793 y no carece de encanto la circunstancia anecdótica de que fuera obra de un *espontáneo*, si hemos de aceptar los datos suministrados por P. Gómez Aparicio.

[...] don Santiago Thewin, que se las veía y se las deseaba para llenar las cuatro páginas cotidianas del periódico (*Diario de Madrid*), formulaba desde ellas frecuentes apelaciones a la colaboración de los lectores. Y uno de éstos, con la firma, nunca identificada, de "Un Curioso" escribió a don Santiago Thewin una carta en la que decía: «Muy señores míos. Vuestras mercedes suelen describir una máquina, extraer el argumento de las Comedias nuevas [...] y nunca

he visto descripta una función de Toros. Sin embargo, creo que el público lo agradecería; pero sea como fuere, hay [sic] va la descripción de la fiesta última por si gustan darlo a la Prensa [...] ».

Cabe resaltar que la descripción que "Un curioso" hace de la función de toros es rigurosamente objetiva. Al parecer, esta iniciativa tuvo éxito y las páginas del *Diario de Madrid* permanecieron abiertas a la espontánea colaboración del anónimo periodista taurino que, en su segunda entrega, no se limita a informar objetivamente del desarrollo de la corrida, sino que emite un juicio crítico sobre ella. Estamos, pues, ante el nacimiento de la crónica taurina.

Durante el periodo que va de la aparición de esta primera crónica hasta mediados del siglo XIX, el periodismo taurino cobra carta de naturaleza, se extiende con carácter general y conoce su primera época áurea en la década de los cuarenta. En este tiempo, comienzan a aparecer los primeros periódicos taurinos, como *Cartel de Toros*, que, con una periodicidad semanal, surgió y desapareció en 1820, lo que revela una acogida poco calurosa por parte del público. No obstante, muy pronto se generalizan y consolidan las secciones fijas de tema taurino en diversos periódicos, que cuentan con cronistas fijos, como Santos López Pelegrín, Serafín Estébanez Calderón, Joaquín Lara y Víctor Balaguer que, entre 1836 y 1850, ejercieron como cronistas taurinos en *El Mundo*, *El Correo Nacional*, *El Corresponsal*, *El Comercio*, de Cádiz y el *Diario de Barcelona*, entre otros.

Paralelamente van publicándose, con desigual fortuna, periódicos taurinos, tales como los madrileños *El Toro* (1845) y *La flor de la Canela* (1847), el semanario *La Tauromaquia* (1848); las *Cartas Tauromáquicas*, que publica en Sevilla José Velázquez y Sánchez, desde 1849; *El Clarín*, publicado en Madrid entre 1850 y 1851. Muy larga vida tuvieron, entre los periódicos nacidos en torno al medio siglo, *El enano* (1851-

1887) y *El Látigo Tauromáquico*, que se publicó en Cádiz, desde 1852 hasta 1881.

La nómina de cronistas taurinos de renombre crece sin cesar y, entre ellos, creo que merecen contarse también, por derecho propio, algunos de los autores extranjeros de libros de viajes por España: Los escritos taurinos de Richard Ford, Théophile Gautier o Edgar Quinet, por citar sólo unos pocos ejemplos eximios, pueden catalogarse entre lo más escogido del género. En ellos se advierte un mal disimulado entusiasmo por las corridas de toros, un notabilísimo nivel de información que casi convierte en *entendidos* a estos viajeros y, sobre todo, un acentuado didactismo con el que parece que pretenden crear afición allende los Pirineos.

Podemos concluir, pues, que hacia 1850, el periodismo taurino es ya una realidad consolidada y que la crónica taurina, que cuenta por estos años con eximios cultivadores, ha sido ya fijada, en sus rasgos esenciales, como género periodístico.

A partir de esta fecha, el periodismo taurino experimenta un auge creciente: se multiplican los periódicos de tema taurino (algunos llegarían a ser tan importantes como *La Lidia*, *Sol y Sombra* o, mucho más recientemente, *El Ruedo*) y la mayoría de los grandes diarios españoles, nacionales o regionales, conceden gran importancia a la información taurina, que suele contar con secciones fijas. La prensa taurina no se circunscribe a la geografía española, sino que también florece en América, Portugal, Francia y norte de África. Para ilustrar estos aspectos de la evolución del periodismo taurino, es imprescindible la consulta de la *Bibliografía de la Tauromaquia* de Carmena y Millán, ya citada, así como los Apéndices I y II que Cossío dedica, respectivamente a "Relaciones de Fiestas" y "Periódicos Taurinos", en el Tomo II de su obra, reiteradamente citada.

Tipología y estructuras de las crónicas taurinas

Delimitar con precisión los tipos de crónicas taurinas y sus estructuras es tarea que entraña una dificultad grande, ya que exige el análisis minucioso de una producción periodística escrita de proporciones inmensas. Para llevar a cabo esa tarea, con absoluta garantía de éxito, sería necesario disponer de una serie de estudios monográficos previos, tanto sobre la obra de cronistas individuales, como sobre periódicos taurinos relevantes y sobre algunas etapas significativas del periodismo taurino.

No disponemos, desgraciadamente, de esos estudios y, al intentar cumplir este cometido, hemos de caer, por tanto, en inevitables generalizaciones. No obstante, voy a intentar definir en sus rasgos esenciales los tipos y las estructuras que la crónica taurina ha venido consolidando a lo largo de los años.

Lo primero que se percibe es la continuidad de rasgos estructurales y de contenido, desde 1793, fecha en que hemos convenido situar la primera crónica taurina, hasta hoy. Hemos de advertir, no obstante, que entre los primeros escritos periodísticos taurinos, son mayoría los que no pueden ser considerados como crónicas periodísticas propiamente dichas: buen número de ellos carecen de firma, requisito imprescindible en la crónica periodística. Ello se debe, en buena medida, a la baja estima que se tiene por los escritos taurinos; se piensa que informar sobre toros es tarea indigna de plumas prestigiosas y una actividad de la que no cabe esperar gloria alguna. Tal vez hayan contribuido a esa estimación negativa la concurrencia de una serie de circunstancias, entre las que cabe resaltar la ininterrumpida polémica sobre la celebración de festejos taurinos, que tiene lugar en España, al menos desde que el pueblo llano se aficiona a este tipo de espectáculos, y que le atribuye efectos perniciosos sobre el comportamiento ético y cívico de los aficionados; el mal momento por que atraviesa la fiesta de toros en las décadas iniciales del siglo XIX y la fuerte

evolución experimentada por la tauromaquia, en esos mismos años, que determina que los espectáculos taurinos resultaran poco entretenidos.

Sin embargo, las informaciones periodísticas sobre toros de esos años contienen ya algunos ingredientes que van a permanecer, con ligeras variantes, hasta hoy. Así se informa del desarrollo de la lidia, toro a toro, con indicación de las características del ganado y con una valoración de la ejecución de las distintas suertes. En relación con esto último, el contenido se transforma al compás de la evolución de la tauromaquia, que concederá más importancia al matador, en detrimento de la labor de los picadores.

Poco a poco, se incorporan a estas informaciones nuevos elementos. Especialmente ilustrativas son las reseñas periodísticas, sin firma, publicadas por *El Correo Literario y Mercantil*, entre 1828 y 1831, en las que es frecuente que la información sobre el desarrollo del espectáculo se inicie con un exordio que contiene una disertación erudita, generalmente de carácter histórico-artístico, sobre la fiesta de toros, sus orígenes y naturaleza. También se hace habitual anteponer a la reseña del desarrollo del espectáculo un conjunto de informaciones sobre los toros que van a lidiarse, ganaderías de las que proceden, nombre de los picadores y de los espadas, indumentaria de éstos, etc., conjunto de datos equivalentes a los que bajo el epígrafe "Ficha de la corrida" publica el diario *ABC*, los de Joaquín Vidal, en *El País*, o los espacios análogos que suelen preceder a las crónicas en otros medios impresos.

En fin, además de las valoraciones que sobre toros y toreros se han ido desgranando simultáneamente a la descripción del festejo, se incorpora, al final, un comentario con una valoración razonada de los comportamientos de toros y toreros y de las reacciones del público. Queda así, dividida la reseña en dos o tres partes, según se incluya o no la primera: exordio erudito, descripción eminentemente informativa del desarro-

llo del festejo y valoración razonada del mismo. Esta estructura gozó de fortuna y, de forma intermitente, se mantuvo, al menos, hasta fines del siglo XIX. Todavía en 1883. Paco Media Luna incluía en su crónica (corrida del 6 de mayo celebrada en la plaza de Madrid) como parte final de la misma y separada tipográficamente bajo epígrafe “Apreciación” un apartado en el que se valoran los comportamientos del ganado y de todos los actuantes en el festejo, tanto los toreros, como los subalternos, la presidencia y todos los servicios de la plaza, así como la actitud del público.

A medida que avanza el siglo XIX, tras la crisis sufrida por la fiesta de toros en las décadas iniciales de esta centuria, comienzan a darse las condiciones necesarias para que la crónica taurina, cultivada por primerísimas firmas del periodismo y la literatura, se dignifique y consolide como género periodístico, en un proceso paralelo al de la consolidación de la prensa taurina. Por una parte, tras los años de crisis en el toreo, aparece la figura de Francisco Montes *Paquiro*, quien con su comportamiento como lidiador y con su *Tauromaquia completa o sea el arte de torear en plaza* (Madrid 1936), inicia el toreo moderno. La publicación de la *Tauromaquia* de Montes, cuya redacción literaria se atribuye, al parecer fundadamente, al escritor y gran cultivador de la crónica taurina don Santos López Pelegrín *Abenámbar*, y el triunfo en el ruedo de la normalización del espectáculo que el diestro de Chiclana preconiza en su obra, introducen una cierta homogeneidad de criterios en las crónicas venideras.

El proceso de consolidación y dignificación de la crónica taurina como género periodístico va a contar, entre sus primeros y más ilustres artífices al, ya citado, Santos López Pelegrín, *Abenámbar*, al famoso escritor malagueño Serafin Estébanez Calderón y al sevillano José Velázquez y Sánchez.

Santos López Pelegrín desarrolló su actividad como cronista taurino en los periódicos *El Mundo*, *El Correo Nacio-*

nal, *Abenámbar* y *El Estudiante*, entre 1836 y 1838. Hizo un encendido panegírico del toreo de Paquiro y contribuyó con ello, de forma notable, a la aceptación de las innovaciones que el celebrado diestro había introducido en la fiesta de los toros, gracias a la extraordinaria repercusión de sus crónicas y a la influencia que ejercieron. Había sido el redactor de la *Tauro-maquia* de Montes y, por ello, cabe deducir que poseía un elevado conocimiento de los aspectos técnicos de la lidia; no obstante, no serán las consideraciones de carácter técnico las que predominen en sus crónicas.

El rasgo dominante en las crónicas de López Pelegrín afecta tanto al contenido como a la estructura y consiste en considerar el relato del espectáculo taurino como el esqueleto en torno al que se articulan todo tipo de análisis y comentarios de la actualidad política y social, a los que no faltan una buena dosis de humor. El esquema estructural más usado inicia la crónica con una alusión a la actualidad política, continúa con el relato del espectáculo taurino, en el que, de forma incidental, van desgranándose, tanto valoraciones técnicas y estéticas sobre el desarrollo de la corrida, como alusiones a la actualidad político-social y notas de ambiente; en fin, el relato concluye con un comentario que puede referirse al comportamiento del público, a la valoración global de la corrida, a relacionar toros y política en clave de humor, o a todo ello al mismo tiempo. No es raro que, en ocasiones, el peso de la actualidad política en la crónica sea tan fuerte, que el relato de la corrida casi desaparezca, convertido en un pretexto.

A partir de López Pelegrín, la referencia a la actualidad política se va a convertir en una constante, a lo largo de un siglo, por lo menos. Sin embargo la incorporación de las valoraciones de la actualidad política suele revestir un carácter incidental y subsidiario en la crónica taurina.

Así sucede en las excelentes crónicas taurinas publicadas por Serafin Estébanez Calderón en *El Correo Nacional* y *El*

corresponsal, entre 1841 y 1843. Por ejemplo en las publicadas el 14 y 19 de mayo de 1841, en *El Correo Nacional*, se incluyen alusiones al juramento de Espartero como nuevo regente, pero esas alusiones a la actualidad política no son más que excursos incidentales que se incrustan en una cumplida y pormenorizada crónica del festejo, en la que se informa de la lidia de cada una de las reses, al tiempo que se enjuicia y valora la actuación de los toreros en la ejecución de las suertes, el comportamiento del ganado y las reacciones del público.

Para que podamos comprobar hasta qué punto se moderniza la crónica taurina y consolida sus principales elementos estructurales, con la obra de Estébanez Calderón, basta con analizar alguna de sus crónicas, como la que informa de la corrida celebrada en Madrid el lunes 24 de mayo de 1841.

Tan notable es la consolidación de la crónica taurina en Estébanez que, leyendo esta crónica, se tiene la impresión de que, salvadas las naturales diferencias derivadas de la evolución de la lidia en los ciento cincuenta y cinco años transcurridos, podría ser firmada por cualquier cronista actual. En efecto, es fácil advertir grandes similitudes, tanto en los contenidos, como en sus elementos estructurales.

Se dedica el primer párrafo a unas pinceladas de ambiente, que sirven para contextualizar el festejo: meteorología amenazante, rivalidad y competencia entre ganaderías como acicate para atraer al público y juicio anticipado del juego ofrecido por el ganado, que se fundamenta con una explicación técnica. La anticipación de este juicio se explica por ser, precisamente, el comportamiento del ganado la incógnita que se propone desvelar el público con esta corrida. El cronista, con habilidad, pospone a festejos venideros la decisión final y con ello contribuye a mantener el interés del público. Cabe subrayar que distingue entre "aficionados" y "público", porque en los momentos en que escribe Estébanez, la fiesta de toros se ha recuperado ya, desde hace unos pocos años, del estado de

postración en que se encontraba en las décadas iniciales de la pasada centuria y un público nuevo acude a las plazas con entusiasmo, hasta el extremo de que los festejos se celebran con la plaza a rebosar y con grandes recaudaciones, como se indica en la frase final de la crónica. Es una constante, desde entonces hasta hoy, que la labor de los cronistas taurinos no sea ajena a la incorporación de públicos nuevos a los festejos.

El segundo párrafo está dedicado en su integridad a enumerar los lidiadores y sus circunstancias particulares. Cabe destacar la atención prestada a la indumentaria de los matadores y la riqueza de sus exornos, símbolo de que ya el torero de a pie se ha convertido en el protagonista de la fiesta y director de la lidia.

A renglón seguido, se narra el desarrollo de la lidia, toro a toro, siguiendo el orden en que fueron lidiados. En esta narración el cronista se ajusta a un esquema fijo, que consta de cuatro partes, dedicadas a describir el toro y narrar el desarrollo de las suertes de varas, banderillas y suprema, con las valoraciones que resulten pertinentes. Continúa Estébanez una costumbre que se inicia con las primeras reseñas de corridas y que se va a mantener largo tiempo. Hoy es más frecuente que se narre la lidia de los toros que han correspondido a cada torero, en bloques separados.

Concluido el relato del desarrollo de la lidia, se analiza, en un nuevo párrafo, el comportamiento de los dos matadores, los únicos toreros cuya actuación merece un análisis diferenciado y minucioso, lo que revela la preeminencia que han adquirido en el festejo. En fin, un nuevo párrafo establece una relación entre el mundo de los toros y el de la política y se manifiesta el temor de que los citados hábitos de éste invadan aquél. Viene a sumarse esta consideración crítica al amargo desahogo que sobre el indigno final que espera en España a todos los valores, le sugiere al cronista el mal fin del noble toro *Veletto*, lidiado en sexto lugar. No falta, como se ve, la

conexión con la actualidad política, si bien con el carácter incidental ya apuntado.

En síntesis, podemos asegurar que hacia 1845, fecha en que ha concluido Estébanez Calderón su labor como cronista taurino, la crónica de toros se ha bifurcado, básicamente, en dos tipos o modelos estructurales:

a) *Crónica técnico-informativa*. Deriva directamente de las relaciones de festejos taurinos y de las primeras reseñas de corridas, como las ya citadas de *El Correo Literario* y *Mercantil*. Consta generalmente de tres partes: un exordio, de carácter erudito y contenido histórico-artístico sobre el origen y naturaleza de la fiesta de toros, un relato, eminentemente informativo del desarrollo de la corrida, con elementos valorativos incrustados, de carácter técnico, y una valoración global.

b) *Crónica político-aurina*. Tiene su punto de partida en los escritos taurinos de Santos López Pelegrín y Serafín Estébanez Calderón. La diferencia fundamental con la anterior reside en que mientras aquélla se circunscribe al espectáculo taurino, ésta se abre a la actualidad socio-política del día. Su núcleo fundamental, salvo excepciones atípicas, está constituido también por un relato, eminentemente informativo, circunstanciado y minucioso del desarrollo de la corrida, en el que se describe la lidia de cada toro, por orden cronológico, y dentro de ella, el desarrollo de cada un de las suertes. Este núcleo informativo fundamental suele ir precedido de notas de ambiente y de alusiones a la actualidad política del momento. También suelen incorporarse, incidentalmente, alusiones a la actualidad político-social mientras se describe el desarrollo del festejo y al final de la crónica, después de las valoraciones técnicas y estéticas de la corrida. Las referencias a la actualidad política suelen tener carácter satírico, y en ellas se combinan crítica y humor.

Otra diferencia fundamental entre esta clase de crónicas y la precedente suele ser su mayor ambición literaria.

Cabe subrayar que, en estos dos tipos de crónicas, el núcleo informativo fundamental viene constituido por un relato cronológico del desarrollo de la corrida, en el que se describe la lidia toro por toro.

Algunas crónicas presentan curiosidades llamativas, como las *Cartas tauromáquicas* del sevillano José Velázquez y Sánchez, escritas en versos polimétricos, o las aparecidas en *La flor de la canela*, escritas en una jerga convencional, desafortunada síntesis de elementos populares y aflamencados, salpicados con algún gitanismo. Pero hemos de convenir que esta peculiaridades afectan más al lenguaje de la crónica que a su estructura. También podríamos citar como una experiencia inusual la que se llevó a cabo en *El Burladero*, consistente en que la lidia de cada toro fuera reseñada por un crítico diferente, curioso caso de colaboración en una misma crónica que no ha tenido continuidad, ni incidencia en la tipificación de la crónica taurina.

Tanto la crónica técnico-informativa, como la político-taurina gozaron de larga vida; la primera permanece, al menos, hasta finales del siglo XIX, mientras que la segunda extiende su influencia prácticamente hasta la guerra civil de 1936. Entre los más destacados cultivadores de la primera, deben ser reseñados Antonio Peña y Goñi, Sánchez de Neira, Ángel Caamaño, El Barquero, Manuel Serrano, Dulzuras, Emilio Sánchez Pastor *Paco Media Luna*, etc. Entre los cultivadores de la segunda, sobresale Mariano de Cavia *Sobaquillo*, quien, entre 1880 y 1890, cultiva la crónica taurina con insuperable brillantez.

La crónica impresionista

En los años finales del siglo XIX, la crónica técnico-informativa comienza a declinar; es más que probable que la reite-

ración de un esquema estructural como el suyo conllevara rigidez y monotonía y, como consecuencia, el aburrimiento del lector. Este hecho coincide con el triunfo de un nuevo concepto del arte pictórico, el impresionismo, que prefiere adoptar una «visión lejana en la que nada posee un perfil riguroso», en palabras de Ortega y Gasset y que, por tanto, consiste en «negar la forma externa de las realidades y en reproducir su forma interna». Esta concepción del arte, que no es privativa de la pintura, ejerce pronto notable influencia en otras manifestaciones artísticas, que llega hasta el periodismo taurino.

Hacia 1890, comienza a escribir en *El Liberal* José de la Loma y Milego, que popularizó, siempre desde el mismo periódico, el seudónimo de Don Modesto, y desde sus comienzos se afana en la búsqueda de una fórmula personal para sus crónicas taurinas. Esa fórmula va a consistir en tomar de la corrida sólo aquellos momentos que considera más representativos y definidores del festejo, prescindiendo del resto y, en torno a esos momentos culminantes de la corrida, elabora su juicio, poniendo a contribución, para ello, diversa erudición y rico anecdótico. El resultado es una crónica cargada de subjetividad y humor, con valoraciones hiperbólicas y desaforadas.

Este tipo de crónicas encuentra su más ilustre cultivador en Gregorio Corrochano, ilustre periodista y escritor quien la rescatará de los extravíos a que la había llevado *Don Modesto* y la convertirá en pieza magistral. Concurren en Corrochano las dotes del excelente periodista, gran conocimiento de la técnica y claridad de juicio crítico. Sus crónicas poseen un sello personal inconfundible.

La crónica impresionista supone una importante transformación estructural. Desaparece el relato exhaustivo, siguiendo un orden cronológico, del desarrollo de la corrida. En cambio, sólo se narran los momentos estelares, por orden de su importancia. Una de las consecuencias de esto, que se mantiene hasta hoy, es que, cuando se contempla en la crónica la

lidia de todos los toros, aparece tratada por bloques, considerando en cada uno de ellos los lidiados por un mismo torero y siempre por el orden de la significación que se atribuye a sus faenas y no por orden cronológico.

Otra característica destacable es la preeminencia concedida a lo valorativo sobre lo meramente informativo. Se sustituyen el relato puntual y pormenorizado de lo que sucede en la plaza y las valoraciones estrictamente técnicas por la narración de vivencias y emociones de las que se quiere hacer partícipe al lector, contagiándoselas. Esto determina también una diferencia de estilo, que afecta de lleno al lenguaje.

La crónica impresionista, cuando se equilibran adecuadamente información y valoración, puede alcanzar formulaciones artísticas de gran calidad y conseguir notable impacto entre los lectores. Hay, no obstante, un peligro que amenaza a este tipo de crónicas y es que se precipiten del lado de la subjetividad y la afectividad en detrimento de la dimensión informativa, hasta el extremo de que se soslaye en ella la razón principal de su existencia, que no es otra que informar de lo que ha sucedido en la plaza.

La crónica impresionista, surgida en las postrimerías del XIX, se perfecciona en las primeras décadas de la presente centuria: *Don Modesto* reflejará en sus crónicas el terremoto que supuso para el mundillo taurino la aparición de Juan Belmonte y la competencia entre Joselito y Belmonte, en tanto que Gregorio Corrochano prolonga su labor de cronista bastantes años más. Coexiste con la crónica político-informativa, hasta los años treinta de la presente centuria, y con formas más o menos evolucionadas de la técnico-informativa y extiende su vigencia hasta hoy.

Hemos de concluir aquí nuestro relato porque al análisis de la crónica taurina actual se dedica otra conferencia del presente Seminario. Espero que mis palabras hayan contribuido a subrayar la importancia de la crónica taurina en el periodismo

español, a estimular entre ustedes su cultivo y su estudio. Muchas gracias.